

LEOPOLDO ALAS, CLARÍN: DISCURSO DE LA CIENCIA Y LENGUA LITERARIA

Leopoldo Alas, Clarín: Discourse on Science and Literary Language

Rafael RODRÍGUEZ MARÍN

Universidad Nacional de Educación a Distancia

Resumen: El empleo del lenguaje de la ciencia presenta en las obras de Leopoldo Alas varias formulaciones sucesivas en una gradación basada en su utilidad como herramienta al servicio de la narración: sirve a la ambientación del relato, insertado de manera más o menos incidental en el discurso del narrador; se emplea como recurso para caracterizar verbalmente a algunos de sus personajes, apelando a la variación diatécnica para construir los idiolectos literarios de los científicos y, muy especialmente, de los médicos; y sirve, por último, como medio para manifestar el sentido del humor del escritor. Este enfoque humorístico envuelve, muy a menudo, una intención crítica, explicitada en el caso de Clarín, que fustiga no la creación ni el uso de los neologismos técnicos, sino su empleo innecesario o el abuso ocasionado por las modas.

Palabras clave: lengua literaria, lengua de la ciencia, variación lingüística, tecnicismo, metalengua.

Abstract: The use of scientific language in Leopoldo Alas' work is displayed as successive formulations on a scale based on their utility within the narration: it helps establish the setting of a story by being casually inserted into the narrator's discourse; it is used as a tool to verbally describe some of the characters, employing diatechnic variation to build the literary idiolects of scientists, particularly doctors; and lastly, it serves as a way of conveying the writer's sense of humour. This humorous approach often carries a critical intention, which in Clarín's case is not to vilify the creation or use of technical neologisms, but their unnecessary use or their trend-created abuse.

Key words: literary language, scientific language, linguistic variation, technicality, metalanguage.

Recibido: 27.10.2014

Aceptado: 16.1.2015

1. Hasta no hace mucho tiempo era justificable denunciar el abandono relativo que afectaba a los trabajos centrados en la historia de la lengua española durante el siglo XIX, sobre todo en comparación con los dedicados a otras centurias, incluidas la inmediatamente anterior y la siguiente.

Por fortuna, en los últimos años la situación ha comenzado a cambiar, con la publicación de estudios de conjunto y análisis monográficos sobre este período, crucial por tantos motivos, de la historia lingüística del español¹. La aparición de antologías, bases de datos y repertorios textuales de todo tipo, especialmente en soporte electrónico², hace que aumenten día a día las posibilidades de analizar con rigor el código verbal de nuestra lengua en la época que nos interesa. Y no solo de sus manifestaciones literarias (tanto de creación como de crítica), quizá las menos abandonadas gracias a que la tradición textual de esta manifestación no se ha visto en ningún momento gravemente interrumpida desde el momento de su formación. También, y muy especialmente, de los análisis lingüísticos sobre tipos textuales últimamente recuperados y puestos a disposición de los investigadores, entre los que destacan los relativos a la actividad científica y humanística.

Un caso significativo y particularmente afortunado para los estudiosos de esta época de nuestra historia lingüística es el de la publicación, largamente demorada, de la obra no literaria de Clarín, que el esfuerzo de algunos investigadores tesoneros ha conseguido llevar a su fin (Alas, 2003-2009, vols. IV a XII). Con ayuda de este corpus, notablemente enriquecido con respecto a los datos que antes teníamos a nuestro alcance, puede abordarse un estudio más profundo y más revelador de las ideas teóricas y de las representaciones prácticas de Clarín con respecto a la lengua literaria (y la no literaria) de la época que le tocó vivir.

2. El estudio de la lengua del ochocientos a través de sus manifestaciones literarias y paraliterarias, y en particular su conocimiento en lo que atañe al último cuarto del siglo, se ha abordado desde perspectivas distintas, generalmente no reñidas entre sí. Rastreando las diferentes posibilidades que se ofrecen al investigador,

¹ Véanse, por citar solo algunos de los estudios de conjunto aparecidos últimamente, los de Zamorano Aguilar (2012) y Ramírez Luengo (2012).

² De manera muy destacada, la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes de la Universidad de Alicante (<http://www.cervantesvirtual.com/>) y el *Corpus diacrónico del español* (CORDE) de la Real Academia Española (<http://rae.es/recursos/banco-de-datos/corde>). Pero también otros de menor alcance, como el *Corpus del español (siglos XIII-XX)* de la Brigham Young University (<http://www.corpusdelespanol.org/>) o Isasi Martínez y Ramírez Luengo (2013). Un repertorio de fuentes electrónicas para el estudio de la literatura española del siglo XIX (y XVIII) es el de Ribao Pereira (2011).

merece la pena destacar, por tratarse de una de las más fructíferas en el análisis de los estrechos vínculos que unen la creación literaria con el soporte verbal en que esta se transmite, la observación –mediante el «vaciado lingüístico» (*spoglio linguistico*)– de las manifestaciones verbales que permiten al estudioso acercarse al uso caracterizador de las intervenciones del narrador y de sus personajes. Estas se constituyen así en testigo y prueba de la realidad verbal del momento en los diferentes planos de análisis (fónico-ortográfico, morfosintáctico y léxico-semántico, fundamentalmente) y en las diferentes manifestaciones de la variación lingüística: la diatópica, la diafásica y la diastrática.

Tanto si la consideramos ápice de esta última variación como si nos referimos a ella en tanto que forma textual por derecho propio (la denominada *variación dia-técnica*), la presentación de las manifestaciones correspondientes al lenguaje de la ciencia es moneda corriente en la obra de los novelistas de la Restauración decimonónica. Entiéndase que en este trabajo voy a referirme solo, actuando quizá de un modo algo maniqueo, a la ciencia, o las ciencias, que se ocupan de *la materia*, oponiéndolas en bloque a las que centran su interés en *el espíritu*. O, en palabras de Casto Avecilla, ilustre personaje clariniano, a las ciencias físico-naturales, en contraposición a las político-morales (*Pipá*: 206); las ciencias sin aditivos, las «que *solo hablan a la materia*», como oímos decir a Bonifacio Reyes (*Su único hijo*: 302). Advierto, pues, que no trataré de los tecnicismos correspondientes a las mencionadas *ciencias del espíritu*, dejando para mejor ocasión el análisis de los abundantes tecnicismos jurídicos (sobre cuyo uso en Clarín ya existe el estudio de Tomasso, 1973), filosóficos (sobre los que puede consultarse García San Miguel, 1987, o Lissorgues, 1996), literarios, etc., utilizados en la prosa de Clarín. E incluso dejaré de lado, al menos en esta ocasión, los vocablos correspondientes al lenguaje de las especialidades técnicas tradicionales (la agricultura, la carpintería, la náutica...) o de las más recientes –si nos referimos al periodo sobre el que estamos tratando– (el transporte ferroviario, la minería, la industria, etc.), merecedoras sin duda de un estudio propio (ya esbozado, desde una perspectiva diferente, en Garriga Escribano y Rodríguez Ortiz, 2011).

Me centraré, por tanto, en el empleo del lenguaje de las ciencias físico-naturales, y muy en particular en los distintos usos que Clarín hace en sus obras de la terminología médica, con la que, de un modo u otro, tiene una relación más inmediata a través de los especialistas que la practican y que resultan ser personajes recurrentes en las narraciones del escritor asturiano.

3. Entre los varios y sucesivos grados de aplicación narrativa a que los novelistas mencionados pueden someter el uso de los lenguajes científico-técnicos (o tecnolectos –Guerrero Ramos 1999–), el primero y más elemental consiste en insertar sus representaciones, de manera más o menos incidental, en el discurso del narra-

dor, para servir así a la ambientación del relato, fijar léxicamente el curso de la acción y proporcionarle la verosimilitud necesaria. Este recurso a la **pinclada ambientadora**, que tan a fondo, y a veces muy convincentemente, utilizan autores como Benito Pérez Galdós (en *La familia de León Roch* o en *Tristana*, por ejemplo) y Emilia Pardo Bazán (en *Los pazos de Ulloa*, en *La Tribuna*, en *La prueba*, en *La piedra angular...*), es, claro está, utilizado por Clarín en su obra de ficción, como se ejemplifica en las páginas de *La Regenta*, en el momento en que se alude a los «humores herpéticos» de las damas perseguidas por los *hombres de mundo* vetustenses que acuden al teatro (*La Regenta*: II, 39). O en su segunda narración extensa, *Su único hijo*, cuando se atribuye a una pasión «que estalló en forma de aneurisma» la causa de la muerte de don Diego Valcárcel, padre de la protagonista (*Su único hijo*: 176). O en la *novella* que lleva por título *Doña Berta*, cuando Clarín se refiere a «los linfáticos Rondaliegos» (*Doña Berta · Cuervo · Superchería*: 116) cuya familia protagoniza el relato. O en «El caballero de la mesa redonda», uno de las narraciones que componen el volumen de *Cuentos morales*, ambientada en el ficticio balneario de Termasaltas, cuya portada lucía «un presuntuosísimo letrado que decía, en griego, con letras gordas coloradas: «Gerontocomía»³, [...] palabreja [que] solía aparecer en las pesadillas de los enfermos que acudían a Termasaltas» (*Cuentos morales*: 384).

4. Pero este empleo primario es anecdótico en la narrativa de Alas. Mucho más frecuente es en ella –y en la de algunos de los autores contemporáneos suyos– un uso más elaborado en una hipotética gradación de menor a mayor valor en cuanto herramienta al servicio del relato: el que lleva a emplear el lenguaje científico como elemento para caracterizar a algunos de sus personajes, ya sea mediante los usos metalingüísticos a ellos referidos o a través de sus manifestaciones verbales directas. De esta manera, los rasgos correspondientes a la modalidad de la variación lingüística ahora analizada sirven, junto a los correspondientes a otras variedades de lengua o registros de habla, definidos en cuanto dialectos geográficos, dialectos sociales y estilos de habla, para construir lo que en otro lugar he denominado *idiolectos literarios* (Rodríguez Marín, 1996 y 2005; v. ahora Fillière, 2011: 65).

4.1. Con frecuencia, estas construcciones literarias no pasan de simples **boce-tos lingüísticos** que, mediante una pinclada ocasional, revelan la personalidad narrativa o completan la adquirida por otros medios. Los encontramos en la narrativa de Galdós y de Emilia Pardo Bazán, de nuevo; pero también en la de Valera (*Pepita Jiménez*, *Juanita la Larga*, *Doña Luz*, *Las ilusiones del doctor Faustino...*), en la de Palacio Valdés (*La espuma*, *Santa Rogelia*) o en la de Blasco Ibáñez (*Arroz*

³ N. del ed.: «la higiene de los ancianos».

y *tartana*, *El intruso*...). Clarín nos proporciona un ejemplo inmejorable de este tipo de uso caracterizador del léxico científico –después veremos otros centrados en la crítica a la jerga médica– en el relato que lleva por título «El pecado original» (publicado por primera vez en 1894), cuyo protagonista, un reo de muerte, encuentra, en el momento en que va a ser ajusticiado, la explicación de la inmortalidad humana. Requerido por el verdugo para que la explique, el desventurado teje un discurso dominado por la jerga química:

–¡Pues nada, hijo; he descubierto la inmortalidad del hombre! Pero no la inmortalidad del alma, no; la del cuerpo y el alma juntos; vamos, que he encontrado lo que perdió Adán. ¡Claro! La otra fórmula... era floja, insuficiente; me faltaba... lo del pentóxido de fósforo, y no había pensado en la forma cristalina de la betamethylnaftalina, y en cambio había metido el ácido amidosulfónico donde no toca pito. ¡Pero, señor, cómo me había yo olvidado de las propiedades cristalográficas de los dos estereoisómeros ácidos alfa-methyl-beta-clorocrotónico, del ácido alfa-dicloro-sigma-dimethylsuccinico⁴! ¡Ve usted qué cabeza la mía..., señor... justicia mayor! (*El gallo de Sócrates*: 67).

4.2. Junto a estos tenues bocetos verbales, algunos autores de la novela de la Restauración son capaces de crear idiolectos literarios que, por su fuerza expresiva y riqueza de matices, pueden ser denominados **retratos verbales** (Rodríguez Marín, 1996: 149-188; 2005: 619-726).

Luis S. Granjel (1954 y 1970-1971) denominó «colegio médico galdosiano» a la larga lista de facultativos que pueblan las novelas del autor grancanario, en la que destacan los nombres de Teodoro Golfín (con un papel sobresaliente en *Marianela* y de menor relieve en *La de Bringas*), el de Augusto Miquis (con intervenciones superiores a lo anecdótico en *La desheredada*, *El doctor Centeno*, *Lo prohibido*, *Fortunata* y *Jacinta*, *Torquemada* y *San Pedro*, *Ángel Guerra* y *Tristana*) y el de Pepe Moreno Rubio (en *La familia de León Roch*, *El doctor Centeno*, *Tormento*, *La de Bringas*, *Fortunata* y *Jacinta* y *Ángel Guerra*, de nuevo).

En las novelas de Emilia Pardo Bazán, por su parte, destacan nombres como el del estudiante de medicina *Pascual López*, que da título a la primera novela de la autora gallega, y también Vélez de Rada –médico higienista–, Ignacio Artegui –facultativo militar– o Duhamel –médico del balneario de Vichy–, los tres en *Un viaje de novios*, Máximo Juncal, el politiquero médico de Cebre (en *Los pazos de Ulloa*), el «doctorcillo» Saúco (en *La prueba*), Pelayo Moragas, médico de familia en Marineda (*La piedra angular*), Mariano Luz, «el último figurín de la medicina» (*La Quimera*), etc., etc. Todo ello por no entrar en la narrativa breve de la autora,

⁴ Se trata de un compuesto inorgánico, el *pentóxido de fósforo* (P₂O₅) y otros cuatro orgánicos, cuya denominación actual sería: *β-metilnaftaleno*, *ácido amidosulfónico*, *ácido α-metil-β-clorocrotónico*, *ácido α-dicloro-σ-dimetilsuccinico*.

bien poblada también de personajes que ejercen la medicina, a los que Doménech Montagut (2000 *a* y 2000 *b*) ha dedicado dos estudios completos.

Pese a la reducida extensión de su obra narrativa, sobre todo en comparación con la de los autores a los que antes me he venido refiriendo, Leopoldo Alas nos proporciona algunos inmejorables ejemplos de esta caracterización verbal de personajes a través del lenguaje de la ciencia.

Destaca entre ellos la figura de Tomás Crespo, *Frigilis*, con la característica añadida de que en este caso no se trata del léxico de la medicina, sino el de las disciplinas que tienen como objeto de estudio la naturaleza en este darwinista⁵, este «apóstol ferviente del transformismo», como lo define Clarín (*La Regenta*: II, 151), cuya preparación científica niega el ateo Guimarán al enfrentarla a su falta de fe:

Yo no necesito manosear libretos y revolver tripas de cristianos y de animales, para llegar a mi conclusión categórica... Si su ciencia de usted, después de tanta retorta, y tanto protoplasma y demás zarandajas, no da por resultado más que esa duda, ¡guárdese la ciencia de los libros en donde quiera, que yo no la he menester! (II, 151-152).

El retrato verbal de Frígilis, «an artistic image of scientific language, a locus where scientific discourse finds expression in the text», según Dale J. Pratt (1992-1993: 131), desde su aparición en la novela, se nos presenta estrechamente ligado a su condición de naturalista, incluso en una de las características esenciales del discurso científico: la economía que le viene dada por su univocidad, coincidente con la presentación verbal de alguno de los médicos a los que se aludirá más tarde:

Crespo hablaba poco, y menos en el campo; no solía discutir, prefería sentar su opinión lacónicamente, sin cuidarse de convencer a quien le oía. (*La Regenta*: II, 87).

Solo se vuelve locuaz en contacto con la naturaleza, o cuando se siente ya próximo a ella:

Crespo, como si no hubiera en el mundo penas, ni amigos que se ahogaban en ellas, alegre, con aquel insultante regocijo que le inspiraba a él la helada en las mañanas más frías del año, frotaba las manos y hablaba del precio de las reses, y de las ventajas de la parcería, locuaz, como nunca se le veía en Vetusta. Parecía que, según el tren se alejaba de los tejados de un rojo sucio, casi pardo de la ciudad triste, sumida en sueño y en niebla, el alma de Frígilis se ensanchaba, respiraba a su gusto aquel pulmón de hierro. (II, 477).

⁵ Recordemos que Tomás Celorio, «el cura de Vericueto», otro de los personajes considerados «positivos» de la narrativa clariniana (Baquero Goyanes, 1952), también lo es, a su manera:

Mis ganancias [escribe] de lento aluvión, siempre eran para mi deuda; pero vine a ser avaro por mi cuenta; fue una vocación que me nació *adaptándome al medio*, ejercitando los *órganos* correspondientes a aquella necesidad. ¡Hasta darwinista en acción me obligaba a ser mi deuda *im-placable!* (*Cuentos morales*: 154).

Acorde con el estilo narrativo dominante en la novela, los tecnicismos que definen a Frígilis apenas están (o no llegan a estar) en su propio discurso, pese a lo que afirma Weiner (1976: 79). Es el narrador quien nos habla de este «personaje darwinista» (*La Regenta*: I, 121), este «pensador agrónomo» (II, 483) que habla de «la influencia del medio» (I, 122), tiene «la manía de la aclimatación» (I, 375) y cuenta a quien quiere oírle «la historia de su gran triunfo, la aclimatación del *Eucalyptus globulus* en la región vetustense» (II, 528).

Y si en el discurso –directo o indirecto– de otros personajes de la novela figuran referencias a Crespo, el sustrato científico halla lugar en ellas, aunque sea para execrarlo, como pretende el doctor Somoza, sobre quien volveremos después, cuando afirma que «Frígilis sabía tanto de darwinismo como él de herrar moscas» (II, 112).

Naturalmente, los referentes preferidos por Clarín en sus alusiones, sobre todo comparativas, a Tomás Crespo, son los que corresponden al mundo de la naturaleza. Cuando otros personajes hablan de él, lo hacen en clave arbórea. Así lo hace Ana Ozores, para quien Frígilis es un «árbol inteligente», o una «encina venerable» (II, 137), y también su marido Víctor Quintanar, que se refiere a él como «árbol secular» (II, 435).

El propio Frígilis se empeña en relacionar su presentación de Ana a quien será su marido con una comparación relativa al arbolado:

Era [Quintanar, según Crespo] el único novio digno de ella. Los cuarenta años y pico eran como los de los árboles que duran siglos, una juventud, la primera juventud. (I, 240).

Los vicios de los vetustenses los comprende el naturalista desde su visión de las patologías vegetales:

La humanidad era mala pero no tenía la culpa ella. El *oidium* consumía la uva, el *pintón* dañaba el maíz, las patatas tenían su peste, vacas y cerdos la suya; el vetustense tenía la envidia, su *oidium*, la ignorancia, su *pintón*, ¿qué culpa tenía él?. (II, 87).

Y los extravíos espirituales de Anita los describe apoyándose en el mismo sistema referencial (que, por cierto, lleva a Rutherford –1984: 255– a afirmar que este diagnóstico de Ana va por «el camino torpemente materialista del típico científico del siglo diecinueve»):

Aquello de Ana también era una enfermedad, y grave, solo que él no sabía clasificarla. Era como si, tratándose de un árbol, empezara a echar flores, y más flores, gastando en esto toda la savia; y se quedara delgado, delgado, y cada vez más florido; después se secaban las raíces, el tronco, las ramas y los ramos, y las flores cada vez más hermosas, venían al suelo con

la leña seca; y en el suelo... en el suelo... si no había un milagro, se marchitaban, se pudrían, se hacían lodo como todo lo demás. Así era la enfermedad de Anita. (*La Regenta*: II, 210)⁶.

Hay, por otra parte, un aspecto de la personalidad –verbal y no verbal– de Tomás Crespo anticipadora del uso crítico y humorístico del lenguaje científico que se va a poner de relieve inmediatamente. En la definición del personaje, tradicionalmente considerado positivo, pero que, según Rutherford (1984: 258), parafraseando a Baquero Goyanes (1952: 210), «dista bastante de ser la moraleja hecha carne», su discurso científico «works both decoratively and ironically in the novel» (Pratt, 1992-1993: 134). Porque, generalizando aún más, «science and its language are never presented in *La Regenta* in a non-mediated and non-ironic context» (Pratt, 1992-1993: 138). Sobre ello habrá ocasión de insistir.

4. Fuera de las anteriores dos *maneras* de uso del léxico científico en la narrativa clariniana (y en la de otros prosistas de la Restauración), o a veces complementario a ellas, hay un tercer modo de representar los modos verbales ligados a las disciplinas científicas, que, por su grado mayor de elaboración, merece ser destacado ahora: su uso como pretexto para introducir en la práctica narrativa elementos en los que basar el análisis de actitudes sociales y lingüísticas frecuentemente ligadas a la **intención crítica** de los novelistas, a su vez vinculadas casi siempre a la **expresión humorística** y, en particular, al uso de la ironía.

No parece necesario entrar ahora en la contraposición de estos dos términos, *humor* e *ironía*, lingüística y retóricamente bien tratada en los últimos tiempos. Puede recordarse, a título de ejemplo, la interpretación pragmática que, partiendo de Levinson (2000), aplica convincentemente al español el denominado grupo GRIALE de la Universidad de Alicante (v., por ejemplo, Ruiz Gurillo –2012: 115 ss. –, para quien ironía y humor forman –irónicamente hablando también– *la extraña pareja*). Y, claro está, es necesario referirse a la completa interpretación que de la estética irónica clariniana hace la reconocida *ironióloga* Carole Fillière (2011). Que no ha sido la primera, desde luego, en establecer la relación entre humor y lenguaje literario en Clarín. Antes que ella lo habían hecho, al menos, Avrett (1941), Durand (1984), Gramberg (1958), Neira Martínez (1984), Díaz (1992) o Coletes Blanco (1996).

Galdós, hablando de *La Regenta*, aludía indirectamente a la pareja –esta menos extraña– formada por literatura y humor, característica de la novela española en general, y de la narrativa de la Restauración en particular:

⁶ Al final de la novela, Frigilis vuelve a describir el estado anímico de Ana Ozores desde la misma perspectiva científica: «¡Aquella alegría, aquella exaltación que la habían llevado... al crimen, a la infamia de una traición... eran una enfermedad!» (II, 487).

Francia, con su poder incontrastable, nos imponía una reforma de nuestra propia obra, sin saber que era nuestra; aceptámosla nosotros restaurando el Naturalismo y devolviéndole lo que le habían quitado, el humorismo, y empleando este en las formas narrativa y descriptiva conforme a la tradición cervantesca. (Prólogo a *La Regenta*: I, 84).

Es lo mismo a lo que se aluden en nuestros días críticos como Matzat (2003: 131) o Weiser (2012: 194-195) cuando hacen referencia, basándose en el mismo texto proemial del novelista grancañario, a la vinculación estrecha entre el positivismo como elemento del naturalismo francés y el humor picaresco como herencia de la propia tradición nacional.

Clarín, como Galdós, utiliza magistralmente los recursos verbales procedentes del lenguaje científico como herramienta al servicio de su siempre agudo sentido del humor («Le vocabulaire technique est l'un des plus fréquemment ironisé par le narrateur», dice Fillière –2011: 67–, refiriéndose a Alas).

Teniendo en cuenta el cuidado con que Clarín manejó la documentación médica (Saillard, 1988), así como la preocupación que el escritor mostró a lo largo de toda su vida por las enfermedades –imaginarias y, por desgracia, reales– que lo aquejaron desde muy joven (Izquierdo Rojo, 1987 y 2002), no resultará extraño recordar ahora que los médicos son personajes secundarios imprescindibles en su obra narrativa y que en su presentación lingüística desempeña una función primordial el empleo de los usos verbales dirigidos, en una proporción sorprendentemente alta, a servir a la visión irónica del crítico y novelista.

Algunas de estas representaciones humorísticas corresponden a la categoría de lo que hemos llamado bocetos lingüísticos. Así sucede, por ejemplo, en su *Sinfonía de dos novelas*, publicada en 1889 con la idea declarada de servir de introducción a la segunda novela extensa de Clarín, *Su único hijo*, y a la prevista continuación de esta, *Una medianía*⁷, el léxico técnico se emplea para caracterizar satíricamente a un personaje colectivo, el de los estudiantes de medicina:

Caballeros que nunca habían visto un cadáver hablaban de anatomía y de fisiología, y cualquiera podría pensar que pasaban la vida en el anfiteatro rompiendo huesos, metidos en entrañas humanas, calientes y sangrando, hasta las rodillas. Había allí una carnicería teórica. Las mismas palabras del tecnicismo fisiológico iban y venían mil veces, sin que las comprendiera casi nadie; el individuo era el protoplasma, la familia la célula, y la sociedad un tejido... un tejido de disparates. (*Sinfonía de dos novelas*: 551-552).

⁷ En realidad, este fragmento narrativo, de siete capítulos, debió de ser escrito años antes. Originalmente había de servir como principio de la nunca publicada *Una medianía* (Beser, 1980; Oleza, 1990: 101-119).

En *Su único hijo*, publicada en 1891⁸, vuelve sobre el tecnicismo, añadiendo de nuevo una intención satírica a la errónea cita protagonizada por un médico:

Don Basilio interrumpió a la dama, extendiendo la mano [...], y dijo:

—El histerismo es un Proteo.

—¿Quién?, preguntó Emma.

—Uno, advirtió Bonis, luciendo sus conocimientos clásicos, que robó el fuego a los dioses.

—Eso es, afirmó el médico, que no conocía de la biografía de Proteo más datos que los conducentes a su cita. El histerismo, añadió, como Proteo, toma infinidad de formas.

—¡Ah, sí!, interrumpió con ingenuidad Bonis. Dispense usted, don Basilio; el que robó el fuego a los dioses fue otro, fue Prometeo... Me había equivocado. (*Su único hijo*: 305-306).

El abuso del tecnicismo reaparece en «La médica», publicada originalmente en 1896:

Lo peor era que, acostumbrado don Eleuterio, el médico, a la mala manía de hablar delante de sus enfermos legos en los términos del arte, porque así ni él mentía ocultando la gravedad del mal, ni los enfermos se alarmaban demasiado, porque no le entendían, a veces se le escapaba delante de don Narciso alguna de esas palabrotas poco tranquilizadoras para quien las entiende; y el paciente, erudito, siquiera fuese a la violeta, ponía el grito en el cielo, se aborrotaba, y si no pedía la extremaunción no era por falta de miedo. (*El gallo de Sócrates*: 57-58).

Y, en este caso, acompañado de una breve disquisición filológica sobre el origen de este tipo de términos, achacada en este caso a don Narciso, el protagonista del relato:

Y no valía que las palabras terminadas en *itis* o en *algia*, y otras no menos bárbaras, fuesen de uso completamente nuevo, acabadas de componer por un sabio, autor de libro o artículo de revista, o de laboratorio; todo lo comprendía el entrometido, porque como picaba también en las lenguas sabias, no era *manco* en la griega, o mejor, no era *deslenguado*; y en seguida, anhelante, preocupadísimo, analizaba los componentes del terminacho flamante, y sea con ayuda del léxico o sin ella, sacaba en limpio... que él tenía el hígado mechado, como dice un personaje de *Zaragüeta*, o el *riñón cubierto*... de úlceras, o cualquier otra barbaridad. (58).

En las páginas de *La Regenta* es donde, correspondiendo a la mayor extensión y complejidad del relato, los personajes que representan casi todas las clases sociales de Vetusta adquieren consistencia narrativa y, en lo que a este estudio se refiere, identidad lingüístico-crítica más desarrollada (Rodríguez Marín, 2005).

No corresponde a este capítulo la más teórica que real dedicación a la ciencia del aflamencado Joaquinito Orgaz (*La Regenta*: I, 268; II, 180, 280). Tampoco la breve intervención del «mediquillo grosero» que trata a la todavía niña Ana Ozores cuando queda huérfana, y del que el narrador, en una breve pincelada verbal descriptiva, nos dice «que prodigaba los términos técnicos más transparentes» (I, 214). Ni la del médico que trata a la hija de los Carraspique en el convento donde ha

⁸ Aunque en la portada de la primera edición figure como fecha de publicación el año 1890.

profesado, hasta que muere a consecuencia «de una tisis caseosa» (II, 237). Aludo, por el contrario, a un personaje de la profesión médica, Robustiano Somoza, cuya personalidad literaria se manifiesta, de manera destacada, en sus risibles modos de expresión técnica.

En el momento en que Clarín decide dedicarle su atención narrativa, el médico de la aristocracia vetustense se presenta ante los lectores en cuerpo («Era alto, fornido, de lengua barba blanca. Vestía con el arrogante lujo de ciertos personajes de provincia que quieren revelar en su porte su buena posición social» –I, 426–) y también en habla:

No usaba muchos términos técnicos, porque, según él, a los profanos no se les ha de asustar con griego y latín. No era pedante, pero cuando le apuraban un poco, cuando le contradecían, invocaba el sacrosanto nombre de la ciencia, como si llamase al comisario de policía. (I, 427).

Don Robustiano, en efecto, siempre habla en nombre de la ciencia. Y, como otros personajes de la novela –muy especialmente Pepe Ronzal, alias *Trabuco* y *el Estudiante*–, se define pronto mediante la ignorancia pretenciosa, ajena en este caso al campo de la medicina:

–¿A que mi señor don Fermín [dice el médico] no aconseja a ningún padre que tenga cuatro hijas como cuatro soles, que las haga monjas una por una a todas, como si fueran los carneros de Panurgo?

El magistral no pudo menos de sonreír, recordando que los carneros de Panurgo no habían sido monjas ni frailes. Pero don Robustiano repetía lo de los carneros de Panurgo, sin saber qué ganado era aquel, como no sabía otras muchas cosas. Ya queda dicho que él no leía libros: le faltaba tiempo. (I, 429).

Ya dentro del terreno de su especialidad, lo hace a través de sus dudas cuando debe confrontar sus escasos conocimientos con los que supone pueden tener los demás:

Hasta habló un día don Álvaro de transfusiones [refiriéndose a la falta de color de Ana]. «La ciencia había adelantado mucho en esta materia».

Somoza solía aprobar moviendo la cabeza y diciendo:

–¡Mucho! ¡Mucho! ¡Oh, sí, la ciencia! ¡Mucho...! ¡La transfusión...! ¡Claro! –Tenía cierto miedo a los conocimientos médicos de don Álvaro. Aquel hombre que iba a París y traía aquellos sombreros blancos y citaba a Claudio Bernard y a Pasteur... debía de saber más que él de medicina moderna... porque él, Somoza, no leía libros, ya se sabe, no tenía tiempo. (II, 161-162).

Cuando entra en este ámbito léxico, Clarín tiene especial cuidado –como lo hace con otros muchos personajes (Ochart, 1981)– de especificar la procedencia de sus saberes:

El señor Somoza [hablando del insalubre convento en el que, como ya se ha dicho, ha profesado una de las hijas de los Carraspique] expuso latamente varias vulgaridades relativas a la

renovación del aire, a la calefacción, aeroterapia y demás asuntos de folletín semicientífico. Después volvió a la desgracia de aquella casa. (*La Regenta*: I, 430).

En el momento en que Ana comienza a dar claras señales de enfermedad, el médico, naturalmente, no sabe dar explicaciones que vayan más allá de vaguedades y de tecnicismos al alcance de cualquier paciente:

- Pero ¿es cosa grave, es cosa grave? [pregunta Quintanar].
- Ps... es y no es [responde Somoza]. No, no es grave; la ciencia no puede decir que es grave... ni puede negarlo. Pero hijo, usted no entiende de esto... ¿Se trata de una hepatitis? Puede... Tal vez hay gastroenteritis... Tal vez... Pero hay fenómenos reflejos que engañan...
- ¿De modo que no son los nervios? ¿Ni la primavera médica...?
- Hombre, los nervios siempre andan en el ajo... y la primavera... la sangre... la savia nueva... es claro... todo influye... pero usted no puede entender esto... (II, 117).

Desde este punto de vista, Somoza no supera a otros vetustenses, ya sea con aficiones científicas, como Frígilis, quien –antes lo hemos visto– se limita a buscar una explicación tomada del mundo botánico, o sin ellas, como Paco Vegallana, que, pese a todo, afina más en el *diagnóstico* cuando dice que Ana «es una mujer rara... histérica...». Diagnóstico en el que coincide con la propia Ana, para quien «el impulso que la había arrojado dentro de la capilla ¿era voz de lo alto o capricho del histerismo, de aquella maldita enfermedad que a veces era lo más íntimo de su deseo y de su pensamiento, ella misma?» (II, 533-534).

Don Robustiano, como había advertido oportunamente el narrador, solo pierde los nervios y se lanza a la batalla dialéctica cuando le contradicen. Recordemos la regocijante discusión en la que se enzarzan el doctor Somoza, el arcipreste Ripamillán y el exalcalde Foja, tratando sobre las causas por las que se está muriendo el ateo Santos Barinaga. Tecnicismos y latinismos, auténticos o falsos, hábilmente entremezclados por el autor con recursos coloquiales o cercanos a lo vulgar, se cruzan ahora entre los contendientes como armas arrojadas:

Y llegaba don Robustiano al corro y *hablaba la ciencia*:

–Yo no acuso a nadie, la ciencia no acusa a nadie, otra es su misión. Yo no niego que el alcoholismo crónico tenga parte en la enfermedad de Barinaga, pero sus efectos, sin duda hubieran podido *cohonestar* (así decía) con una buena alimentación. Además, hoy día el pobre don Santos ya no tiene dinero ni para emborracharse, ya no puede beber de pura miseria... Y aunque ustedes no comprendan esto, la ciencia declara que la privación del alcohol precipita la muerte de ese hombre, enfermo por abuso del alcohol.

[...]

–Pero, don Robustiano, ¿cómo puede ser eso?

–Señor Foja, ahí verá usted. ¿Conoce usted a Todd?

–¿A quién?

–A Todd.

–No, señor.

–Pues no hable usted. ¿Sabe lo que es el poder hipotérmico del alcohol? Tampoco; pues cálese usted. ¿Sabe usted con qué se come el poder diaforético del citado alcohol? Tampoco;

pues sonsoniche. ¿Niega usted la acción hemostática del alcohol reconocida por Campbell y Chevreière? Hará usted mal en negarla; se entiende, si se trata del uso interno. De modo que no sabe usted una palabra...

[...]

–Caballero miliciano, yo soy el hombre de ciencia y usted es un doceañista en conserva... Chomel admite, y con él todo el que tenga dos dedos de frente, que en las enfermedades de los borrachos es imprescindible la administración de espirituosos...

–¡Pero si yo niego la menor, so alcornoque!

–En medicina no hay menores ni mayores, ni judías, ni contrajudías, señor tahúr.

–La menor es que sea borracho Barinaga...

–De modo que si usted me niega los... pródromos del mal...

Don Robustiano se puso colorado al pensar que había dicho un disparate.

–Qué hipódromos ni qué hipopótamos; yo defiendo a un ausente.

–En fin, una palabra para concluir: ¿niega usted que si a un borracho se le priva por completo del alcohol, es lo más fácil que se presente un decaimiento alarmante, un verdadero colapso⁹?

–Mire usted, señor pedantón, si sigue usted rompiéndome el tímpano con esas palabrotas, le cito a usted cincuenta mil versos y sentencias en latín y le dejo bizco.

[...]

Ripamilán se retorció de risa. Somoza, furioso, gritaba; y se oía: colapso..., flegmasia..., cardiopatía..., y el ex alcalde, sin atender, continuaba mezclando latines.

[...]

El médico y el prestamista estuvieron a punto de venir a las manos. No se pudo averiguar de qué se moría don Santos, pero a la media hora se corría por Vetusta que, por culpa del Provisor, se habían pegado y desafiado Foja y Somoza, y no se sabía si el mismo Ripamilán había recogido alguna bofetada. (I, 234-237).

Curiosamente, es otro médico, Benítez (de quien no llegamos a saber el nombre de pila), quien en la novela viene a levantar el caído pabellón de la medicina. Se trata de una contrafigura del anterior, a quien Clarín no dispensa un tratamiento crítico –Oleza (1976: 208-209) lo considera el único personaje íntegramente positivo de la novela, más que Frígilis o el obispo Camoirán– y que, naturalmente, nos es presentado por el narrador apelando a su empleo del lenguaje técnico:

El sustituto [de don Robustiano en el tratamiento de Ana Ozores] era un muchacho inteligente, muy estudioso. Declaró que la enfermedad no era grave, pero sí larga, y de convalecencia penosa. No le gustaba usar los nombres vulgares y poco exactos de las enfermedades, y empleaba los técnicos si le apuraban, no por ridícula pedantería, sino por salir con su gusto de no enterar a los profanos de lo que no importa que sepan, y en rigor no pueden saber. (*La Regenta*: II, 118).

Capítulos después, nos dará una muestra de que este personaje sí sabe manejarse en términos técnicos... y en latín, con un aforismo hipocrático:

⁹ Más adelante, convirtiendo en vulgarismo el tecnicismo del médico (Seco Reymundo, 1970: 155-167), el moribundo Barinaga dice: «muero... de... eso... que llama el señor médico... Colasa... o Colás...» (II, 256).

- ¿De modo... que el cambio de Anita se debe a... otra influencia...? ¿Su pasión por el campo, por la alegría, por las distracciones se debe... a un nuevo influjo?
- Sí señor; es un aforismo médico: *ubi irritatio ibi fluxus*.
- ¡Perfectamente! *Ubi irritatio...* justo, *ibi... fluxus*. ¡Convencido! (II, 405).

Además de ser capaz de emplear remedios adecuados para los padecimientos de Ana Ozores:

Benítez traía a la vida con antiespasmódicos a la Regenta y recetaba nuevas medicinas para combatir peligros nuevos. (II, 521).

El contraste entre ambos representantes de la profesión médica, tanto personal como lingüístico (en sus modos de expresión y en la intención del narrador al presentarlos), es evidente.

5. Lo que en modo alguno parece difícil de suponer, una vez revisada la presencia y función de la jerga científico-técnica en su obra narrativa, es que Clarín aludiera también en sus escritos no literarios al empleo de los recursos innovadores aportados por tal territorio léxico.

Y, en efecto, el repaso detenido de las páginas publicadas en la reciente edición de *Obras Completas* de Clarín nos permite seguir la actitud del crítico y periodista frente a este caso, fundamentalmente en dos artículos publicados en *Madrid Cómico*.

En el n.º 401 de esta revista, correspondiente al 25 de octubre de 1890 (*Obras Completas* –2004–: VII, 1127-1129), refiriéndose a *La prueba*, de Emilia Pardo Bazán, Clarín fustiga el empleo que la condesa hace de «palabrotas de botica» (1128)¹⁰, tecnicismos «de primer año de medicina» que el crítico compara a los usos «con que se dan tono los malos revisteros de tauromaquia, que describen las heridas de los diestros y de los caballos con el estilo de los médicos y hasta de los veterinarios» (1128)¹¹. Comparando la función de los tecnicismos en algunos autores franceses, como Joseph Henry Rosny¹², justifica el empleo de los tecnicismos

¹⁰ Se refiere, en particular, a *equimosia* y a *álcali*. La primera, por cierto, solo figura en la primera edición de la novela (v. <http://www.cervantesvirtual.com/obra/la-prueba/>, cap. VI); en las ediciones siguientes (por ejemplo, la de *Obras Completas*, 1973: 642 a), es sustituida por *huella*. La segunda no aparece en la novela; probablemente se trate de un error de lectura por *alcaloide* (cap. IV).

¹¹ No es el único lugar en que Clarín critica el gusto de la condesa por el tecnicismo inoportuno. V., por ejemplo, su crítica a *El cisne de Vilamorta*:

¡Lástima que en el lenguaje no siempre haya igual naturalidad y el autor se empeñe en rebuscar palabras no injustamente olvidadas y en armar caballeros a muchos términos técnicos que no hacen falta por ahora en la literatura artística! (*Nueva campaña*: 785).

¹² (1856-1940), cuyo apellido real era Boex, y a quien, junto con su hermano menor Séraphin Justin Boex (1859-1948), que también empleó el seudónimo *Rosny*, se le considera uno de los fundadores del género de la ciencia-ficción.

porque no se usan [en la novela *Le termite*, del autor mencionado] las palabras técnicas en sustitución de otras corrientes y vulgares, que signifiquen lo mismo y sean *expresivas*, sino que se usan palabras técnicas que no tienen adecuado equivalente, porque en rigor, aquí lo *técnico* más es el objeto descrito que el lenguaje, que no puede ser otro. (1129).

Si a estas ideas unimos las que Clarín incluye en su palique publicado el 10 de enero de 1891 en el n.º 412 de *Madrid Cómico* (*Obras Completas* –2005–: VIII, 73), centrado de nuevo en censurar el tecnicismo fácil de Emilia Pardo Bazán a propósito de la palabra *piriforme* en uno de sus cuentos, llegamos a la formulación que el crítico tiene en su mente sobre el uso de este tipo de términos: para utilizar neologismos técnicos, afirma Clarín, «hay que tener... muchas cosas en cuenta» (73). Y muy en particular hay que emplearlos solo cuando el concepto designado no tiene otro nombre vulgar, castizo. El resultado es, si se contraviene esta regla, el uso de un «gongorismo politécnico» (*Obras Completas* –2004–: VII, 1129) creado a partir de «tanto griego destrozado por el tecnicismo de farmacia y de cirugía» (1129).

Sobre esta misma idea ya había escrito Alas, hablando acerca de *Lo prohibido*, de Galdós. «¿Para qué llenar de esdrújulos griegos [es decir, de tecnicismos científicos] el estilo?», se pregunta el crítico (*El Globo*, 30 de junio de 1885. Reproducido en *Nueva campaña*, 1887: 141-151). Y su respuesta es elocuente:

No, esos esdrújulos deben ocultarse siempre que buenamente se pueda: los andamios científicos están mejor escondidos, si no hay peligro de ocultarlos; pero el estudio de la verdad probable, y por consiguiente el respeto a la realidad de las relaciones fisiológicas y psicológicas, es ya indispensable. (145).

Así pues, comprobamos que el ataque frontal de Clarín a la banalidad de los escritores seducidos por los nuevos tecnicismos (esdrújulos) no corre parejas con su consideración en cuanto al uso general, en abstracto, de los neologismos de la ciencia y de la técnica. El crítico, en efecto, solo los rechaza cuando están contruidos defectuosamente (como es el caso del ya citado *piriforme*¹³) y, sobre todo, cuando son innecesarios, es decir, en los casos en que, parafraseando *a contrariu sensu* lo antes leído, lo *técnico* no es el objeto descrito, sino el modo lingüístico que lo describe. Y, en su permanente ofensiva contra la Real Academia y su diccionario (Rodríguez Marín, 2012), llega a defender la presencia en el repertorio de la corporación de los neologismos necesarios, sea como sea de *impuro* su origen:

Las deficiencias y faltas de lógica del léxico oficial, más que a ignorancia, hay que atribuirles muchas veces al capricho y a la desidia. Lo probarán algunos ejemplos. La Academia admite

¹³ Utilizado por Emilia Pardo Bazán suponiendo que significa ‘en forma de pera’ (del latín *pirum*), mientras que Clarín, basándose en el diccionario académico, liga su significado al del griego *pir* ‘fuego’.

hulla (¡no faltaba más!) pero no derivado alguno de esta palabra. De modo que *hullero*, *hullera*, no son voces españolas. ¡Y la riqueza *hullera* hace millonarios en mi tierra! Millonarios con barbarismo. (Prólogo a *Trabajo*: 1162-63).

Lo realmente censurable no es, pues, el uso, sino el mal uso y, sobre todo, el abuso. Clarín, como Flaubert, siempre se burló, irónica o sarcásticamente, de la estupidez, y más de la estupidez pretenciosa. No creo que, en lo referente a este objetivo lingüístico de su crítica y de su burla, Leopoldo Alas se sintiera muy aliviado si, en un ejercicio de ucronía literaria, pudiera volver a la vida y leyera, probablemente sin entender nada, cualquier periódico de nuestros días.

6. A modo de conclusión. El empleo del lenguaje de la ciencia, y en particular del tecnicismo científico-médico, presenta en las obras de Leopoldo Alas –como en las de algunos de sus compañeros de generación– varios pasos sucesivos en una gradación basada en su utilidad como herramienta al servicio de la narración.

- En primer lugar, sirve a la ambientación del relato, insertado de manera más o menos incidental en el discurso del narrador.
- Más allá de este uso, el léxico especializado de la ciencia les sirve también a los narradores del último cuarto de siglo como elemento para caracterizar verbalmente a algunos de sus personajes, ya sea mediante los usos metalingüísticos a ellos referidos, ya a través de sus manifestaciones verbales directas. De esta manera, los rasgos correspondientes a esta modalidad de la variación lingüística sirven, junto a los correspondientes a otras variedades lingüísticas, definidas en cuanto dialectos geográficos, dialectos sociales o estilos de habla, para construir *los idiolectos literarios* de los científicos (ya sean simples bocetos lingüísticos simples o retratos verbales más complejos), y muy especialmente de los médicos. La metalengua aplicada a las realizaciones verbales de tales personajes subraya, muy a menudo, su carácter.
- Por último, el grado mayor de elaboración intelectual aplicado a la literatura que tiene el uso del léxico científico es el de servir como herramienta de la visión crítica, de la ironía o, desde una perspectiva más amplia aún, del sentido del humor del escritor que lo presenta en su obra.

El aludido enfoque humorístico envuelve, muy a menudo, una intención crítica, explicitada en el caso de Clarín, que fustiga no la creación ni el uso de los neologismos, sino su empleo innecesario o el abuso ocasionado por las modas.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

Ediciones de las obras literarias citadas

- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1884-1885. *La Regenta*. Ed. de Gonzalo Sobejano, Madrid: Castalia, 1981 (tomos I y II).
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1886. *Pipá*. Ed. de Antonio Ramos-Gascón, Madrid: Cátedra, 1978.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1887. *Nueva campaña*. Barcelona: Lumen, 1989.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1889. *Sinfonía de dos novelas*, en Leopoldo Alas 1890, 515-559.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1890. *Su único hijo*. Ed. de Juan Oleza, Madrid: Cátedra, 1990.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1892. *Doña Berta · Cuervo · Superchería*. Ed. de Adolfo Sotelo Vázquez, Madrid: Cátedra, 2003.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1896. *Cuentos morales*. Ed. de Jean-François Botrel, Madrid: Cátedra, 2012.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1901 a. *El gallo de Sócrates* y otros cuentos. Madrid: Espasa Calpe, 1973.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 1901 b. Prólogo a *Trabajo*, de Emilio Zola, en *Obras Completas*, XI (ed. de Leonardo Romero Tobar et al. Varia), Oviedo: Eds. Nobel, 2006, 1162-1163.
- ALAS, Leopoldo (CLARÍN), 2003-2009. *Obras Completas*, vols. I a XII, Oviedo: Eds. Nobel.
- PARDO BAZÁN, Emilia, 1890. *La prueba*, en *Obras Completas*, I, Madrid: Aguilar, 4.^a ed., reimpr., 1973, 617-704.

Estudios

- AVRETT, Robert, 1941, «The treatment of satire in the Novels of Leopoldo Alas (Clarín)», *Hispania*, 24/2, 223-230.
- BAQUERO GOYANES, Mariano, 1952. «Exaltación de lo vital en “La Regenta”», *Archivum*, 2, 141-150. También en José M.^a Martínez Cachero (ed.), *Leopoldo Alas «Clarín»*. Madrid: Taurus, 1978. 157-178.
- BESER, Sergio, 1980. «El lugar de *Sinfonía de dos novelas* en la narrativa de Leopoldo Alas». *Hispanic Studies in Honour of Frank Pierce*, Sheffield: University of Sheffield, 17-30.
- COLETES BLANCO, Agustín, 1996. «Ironía y sátira anti-inglesa en la narrativa breve de Clarín: *Snob*, *El torso* y otros relatos», *Bulletin of Hispanic Studies*, 73/3, 245-254.
- DÍAZ, Luis Felipe, 1992. *Ironía e ideología en La Regenta de Leopoldo Alas*. New York, San Francisco, Bern, Baltimore, Frankfurt am Main, Berlin, Wien, Paris: Peter Lang.
- DOMÉNECH MONTAGUT, Asunción, 2000 a. *Medicina y enfermedad en las novelas de Emilia Pardo Bazán*. Valencia, UNED Alzira-Valencia: Centro «Francisco Tomás y Valiente».
- DOMÉNECH MONTAGUT, Asunción, 2000 b. *Género y enfermedad mental: trastornos psíquicos en las novelas de Emilia Pardo Bazán*. Córdoba: Universidad de Córdoba.
- DURAND, Frank, 1984, «Dimensiones irónicas en el estilo de *La Regenta*», en Antonio Vilanova (ed.), «Clarín» y su obra en el centenario de «*La Regenta*». *Actas del Simposio Internacional (Barcelona, 20-24 de marzo de 1984)*. Barcelona: Universidad de Barcelona. 145-162.
- FILLIÈRE, Carole, 2011. *L'esthétique ironique de Leopoldo Alas Clarín*. Madrid: Casa de Velázquez.
- GARCÍA SAN MIGUEL, Luis, 1987. *El pensamiento de Leopoldo Alas, «Clarín»*. Madrid: Centro de Estudios Constitucionales.

- GARRIGA ESCRIBANO, Cecilio, y Francesc RODRÍGUEZ ORTIZ, 2011. «Lengua, ciencia y técnica», en Manuel Silva Suárez (ed.), *El ochocientos. De los lenguajes al patrimonio*. Zaragoza: Real Academia de Ingeniería e Institución «Fernando el Católico», 81-120.
- GRAMBERG, Eduard J., 1958. *Fondo y forma del humorismo de Leopoldo Alas, «Clarín»*. Oviedo: Instituto de Estudios Asturianos.
- GRANJEL, Luis S., 1954. «El médico galdosiano», *Archivo Iberoamericano de Historia de la Medicina y Antropología Médica*, 6, 163-174.
- GRANJEL, Luis S., 1970-1971. «Personajes médicos de Galdós», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 250-51-52, 656-663.
- GUERRERO RAMOS, Gloria, 1999. «¿Tecnolectos, lenguajes (lenguas) específicos, especiales, especializados o de especialidad?», en Jesús Fernández González et al. (eds.), *Lingüística para el siglo XXI*, Salamanca: Universidad de Salamanca, 879-888.
- ISASI MARTÍNEZ, Carmen, y José Luis RAMÍREZ LUENGO (eds.), 2013. *Una muestra documental del castellano norteño en el siglo XIX*. Lugo: Axac.
- IZQUIERDO ROJO, José María, 1987. «Historia clínica de Leopoldo Alas», en «Clarín» y la Regenta en su tiempo (*Actas del Simposio internacional, Oviedo 1984*). Oviedo: Universidad de Oviedo: 177-193.
- IZQUIERDO ROJO, José María, 2002. «Las enfermedades de Clarín. Un recuerdo en su centenario», *Anales de la Real Academia Nacional de Medicina*, CXIX, 327-340.
- LEVINSON, Stephen C., 2000. *Presumptive Meanings. The Theory of Generalized Conversational Implicature*. Cambridge (Mass.): MIT Press.
- LISSORGUES, Yvan, 1996. *El pensamiento filosófico y religioso de Leopoldo Alas, Clarín*. Oviedo: GEA.
- MATZAT, Wolfgang, 2003. «Novela y sociedad: En torno a la perspectiva cómica en el Naturalismo español», en Hartmut Stenzel, Friedrich Wolfzettel (eds.), *Estrategias narrativas y construcciones de una «realidad»*. *Lecturas de las «Novelas contemporáneas» de Galdós y otras novelas de la época*. Las Palmas de Gran Canaria: Cabildo de Gran Canaria, 311-333.
- NEIRA MARTÍNEZ, Jesús, 1984. «La función del disparate lingüístico y del dialectalismo en *La Regenta*», *Los Cuadernos del Norte*, 23, 60-63.
- OCHART, Luz Ivonne, 1981. *La Restauración española a través de las lecturas de los personajes en «La Regenta»*. Tesis doct., State University of New York at Stony Brook.
- OLEZA, Juan, 1976. *La novela del XIX: del parto a la crisis de una ideología*. Valencia: Bello.
- OLEZA, Juan, 1990. Introducción a Leopoldo Alas (Clarín), *Su único hijo*. Madrid: Cátedra.
- PRATT, Dale J., 1992-1993. «Frigilis and decorative science in *La Regenta*», *Anales galdosianos*, XXVII-XXVIII, 131-143.
- RAMÍREZ LUENGO, José Luis (coord.), 2012. *Por sendas ignoradas. Estudios sobre el español del siglo XIX*, Lugo: Axac.
- RIBAO PEREIRA, Montserrat, 2011. *Fuentes para el estudio de la literatura española de los siglos XVIII y XIX: herramientas electrónicas específicas*, Vigo: Universidad de Vigo.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Rafael, 1996. *La lengua como elemento caracterizador en las Novelas españolas contemporáneas de Galdós*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Rafael, 2005. *Metalingua y variación lingüística en la novela de la Restauración decimonónica*. Madrid: Anejos del BRAE.
- RODRÍGUEZ MARÍN, Rafael, 2012. «Clarín, la Academia y el Diccionario», en *Estudios de lingüística española. Homenaje a Manuel Seco*. Alicante: Universidad de Alicante, 381-416.
- RUIZ GURILLO, Leonor, 2012. *La lingüística del humor en español*. Madrid: Arco/Libros.

- RUTHERFORD, John, 1984. «Fortunato y Frígilis en *La Regenta*», en «*Clarín*» y su obra en el Centenario de «*La Regenta*». Barcelona: Universidad de Barcelona, 251-264.
- SAILLARD, Simone, 1988. «La peritonitis de don Víctor y la fiebre histérica de Ana Ozores: dos calas en la documentación médica de Leopoldo Alas novelista», en Yvan Lissorgues (ed.), *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*. Barcelona: Anthropos, 315-327.
- SECO REYMUNDO, Manuel, 1970. *Arriches y el habla de Madrid*. Madrid: Alfaguara.
- TOMASSO, Vincenzo, 1973. «Il diritto e la terminologia giuridica nella narrativa clariniana», en «*Clarín*» nella narrativa spagnola del secondo ottocento. *Sei studi su Leopoldo Alas*, Pisa: Pacini Editore, 71-81.
- WEINER, Hadassah Ruth, 1976. «“La Regenta” y “Su único hijo”»: revisión del estilo personal de Clarín», *La Torre*, XXIV, 93-94.
- WEISER, Jutta, 2012. «Positivismismo y poética: la carnavalización de las ciencias en *El doctor Centeno* de Benito Pérez Galdós», en Wolfgang Matzat y Max Grosse (eds.), *Narrar la pluralidad cultural. Crisis de modernidad y funciones de lo popular en la novela en lengua española*. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert, 193-212.
- ZAMORANO AGUILAR, Alfonso (ed. y coord.), 2012. *Reflexión lingüística y lengua en la España del XIX*, Muenchen: Lincom Europa.